

LA TRAVESÍA

Escribir es navegar, embarcarse en una travesía que discurre por ríos invisibles, meandros sigilosos y océanos ignotos. Escribir es descifrar jeroglíficos en las estrellas. Esta crónica de navegante sigue el rumbo de un astrolabio misterioso.

MÁLAGA AZUL

Volver al mar para sentirlo muy lejos, dormido en el horizonte de las vidas que están en la otra orilla de los destinos. Volver al mar para ser agua y espuma que derrama en las arenas, como mascarones huérfanos, las historias de los navegantes muertos. El mar resucita la memoria de los naufragos, la vuelve eterna cada vez que rompen las olas.

Es en esta ciudad de agua salada y brisas de biznaga (palabra y aroma que me entrega el poeta Antonio Viñas) donde el agua de tierra adentro inunda la histórica plaza de La Constitución para traernos biografías de otros continentes. Fotografías que nos cuentan las vidas y sombras del agua cuelgan de cajas azules que ocupan la vetusta plaza. Están pintadas del color de la languidez del mar y ese horizonte que sentía tan lejano se aproxima con la carnalidad lacerante que han inmortalizado las fotografías.

Ya no es el limbo de los invisibles, están aquí, sus rostros revelan que han tenido una existencia. Están en esta exposición, en esta morfología de laberinto azul. Sus retratos son espejos que han dormido en el húmedo y frío silencio de un galeón enterrado que ahora emerge a la superficie y refleja sus secretos. Bajo este sol de justicia se pasa a tener sed en el alma, en los desiertos del alma.

A modo de puerta Troyana la exposición se inicia con una campana gráfica, creación del diseñador Isidro Ferrer, que derrama gotas de agua. Podría ser rocío en la alborada de una noche fría o lágrimas negras, podrían ser ambas cosas; llanto y rocío.

No puedo evitar pensar en la electrizante película Andrei Rublyov del maestro ruso Tarkovsky. Las evocaciones en blanco y negro regresan hasta aquí y mojan los adoquines de la plaza con las lágrimas del niño campanero, el joven monje ortodoxo que se mide con el mundo fundiendo una gigantesca campana; en su metal se ha amalgamado su inocencia y su miedo. Finalmente ha fraguado el sonido de la vida, Din-Don.

Tarkosky hace de la campana una metáfora que emerge de las brumas dando voz a la inquebrantable lucha por la esperanza. Din-Don, hasta en la muerte doblan las campanas, nos acompañan en ese tránsito de las aguas de Aqueronte el barquero. El tiempo de los recuerdos también tiene son de campanas en las plazas lejanas de nuestras infancias.

Curiosamente, mientras observo la simbólica campana de la exposición AGUA, RÍOS Y PUEBLOS desde alguna torre indeterminada laten 12 campanadas anunciando el mediodía de un lunes caluroso, el poderoso sol malagueño derrite las sombras de las fotografías. El maestro Tarkovsky está “Esculpiendo en el tiempo” (título de su delicioso libro sobre cine) y hace un bucle de los recuerdos con el pensamiento. Precisamente, ha sido una película la que me ha traído a este puerto. El documental Agua, Ríos y Pueblos también está construido con campanas y memoria.

Hace un año escuché por primera vez pronunciar al profesor Pedro Arrojo, capitán de este barco y utopía, la palabra hidrocausto. Ese sustantivo quedó tatuado en mi cabeza y quizá por esa extraña cualidad proverbial, de invocación que a veces tienen las palabras un año después estrenábamos en Málaga este documental insertado en la exposición AGUA, RÍOS Y PUEBLOS que ha promovido La Fundación Nueva Cultura del Agua.

La realización de la película me ha permitido conocer el poliédrico significado de la palabra hidrocausto; sus latitudes y a sus gentes, el mapa de su sufrimiento pero también su enorme fortaleza, su coraje e inquebrantable compromiso con la vida. El documental es un homenaje a las víctimas del hidrocausto, a su memoria y a su lucha, a la voz del agua.

Un homenaje que tuvo lugar en el Teatro Principal de Zaragoza en julio del 2008.

Recuerdo que aquella tarde de verano se respiraba en el ambiente una atmósfera de emociones muy intensas, en el escenario, en la platea, en los palcos, todo el teatro vibraba. Recuperar parte de esas emociones, mantenerlas latiendo, poder compartirlas es el propósito de este trabajo para que la memoria no se hunda en los pantanales del olvido y en el horizonte siga navegando la esperanza. Din-Don/ Pasa la vida.

La exposición recorre el planeta adentrándose en su grietas, mostrándonos las cicatrices de la accidentada geografía emocional del ser humano. Los siete ejes que vertebran la composición son rutas íntimas para el espectador que sin moverse de la anciana plaza de la Constitución navega historias remotas. El espacio, como en una deriva de mar en calma, invita a perderse en su interior, en el laberinto azul de la memoria buscando los invisibles hilos De Ariadna.

En uno de los módulos se exhibe la fotografía de un barco que ha quedado escorado en el mar de Aral, un cementerio de sal. Por alguna extraña razón de la nostalgia me parece la fotografía más triste de la exposición, la imagen en la que el destino ha quedado eternamente abandonado. Y muy cerca, en otra caja azul, están los hielos perpetuos de la estepa noruega (que ya no son tan perpetuos). A modo de presagio vuelven a sonar las campanas en la plaza y las fotografías están tan vivas que no puedo evitar pensar que el mundo blanco de los Samis puede derretirse bajo el pertinaz sol malagueño. Son fotografías de Tove Heiskel, la comisaria de la exposición que ha retratado con conmovedora delicadeza el territorio de su infancia. Nos ha traído la nieve al sur.

Y en otro módulo a modo de otro continente hay un mosaico con las fotografías de los muertos en la lucha de la presa de Chixoy en Guatemala. La intensidad de sus miradas congela el aliento y a mas de 35

grados térmicos se siente un frío patibulario en los huesos. Cada rostro es un tañer de campana, navegantes que han hecho una larga travesía hasta nuestros ojos.

Estos retratos están en la calle, en el corazón de la ciudad, atrapando al transeúnte que pasa y se detiene y entra en el laberinto de los recuerdos que no son nuestros pero que podrían serlo. Podríamos ser esa madre que ha perdido a su hijo en la tormenta, la inundación o la sed, ese campesino desahuciado de tierra yerma, esa viuda sin tumba que sólo le llora al mar, ese niño de la sabana africana con ojos de desierto y delirio. Podríamos ser los del otro lado del espejo.

Agua, ríos y pueblos es una travesía imprescindible en la que hay que embarcarse porque nos rescata del naufragio del silencio y nos devuelve las miradas del agua, los rostros y voces de sus gentes y al mirarlos somos ellos.

Escribió el poeta Francisco de Quevedo para el último verso de uno de los sonetos más hondos y hermosos de la lengua española “Polvo soy mas polvo enamorado” pero no somos polvo, somos agua más agua enamorada.